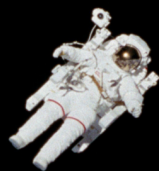


# TERRA PLÁNA MESTA

# HÉCTOR CORONADO



LENGUAdeDIABLO  
■ COLECCIÓNPIXEL

*Terraplánamesta*

D.R. © 2020 Héctor Coronado

Foto de portada: Pixabay.

D.R. Para esta edición © 2020 Lengua de Diablo Editorial

Pueblo de San Antón, Cuernavaca, Morelos, México

<http://www.lenguadediablo.com>

<http://www.twitter.com/lenguadediablo>

<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición septiembre 2020 en plena pandemia por el Covid19.

EX-LIVRIS: Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro “Das Buch Belial”; publicado en Augsburg, 1473.



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia.

**Bajo los siguientes términos:**

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

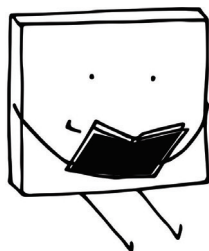
SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma. *All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.*

Impreso y hecho en México. *Printed and made in Mexico.*

# TERRAPLÁNAMESTA

## HÉCTOR CORONADO



LENGUADEDIABLO  
■ COLECCIÓNPIXEL



**LENGUA DE DIABLO**  
\*\*\*\*\*  
**EDITORIAL**

## Teen H.P.

Mauricio deseaba que la tierra se abriera y por el abismo se precipitara la silla de ruedas de su padre. Ocupada, de preferencia. A sus 11 años tenía claro el motivo de su frustración.

—¡No quiero pasar el sábado encerrado en la casa!

Su padre trataba de razonar con él.

—Cuando traigan del hospital a tu abuela Jovita, alguien debe electropedalear su respirador. Yo no puedo hacerlo.

—Electropedaleo toda la semana en la escuela mientras repito las conjugaciones del subjuntivo.

—Sólo será hasta que impriman en 3D mis piernas, entonces podré hacerlo.

Eso no ofrecía consuelo a Mauricio.

—Eres el veterano de guerra que dejaron al final en la lista de reemplazo de extremidades perdidas. Y encima de todo, ya no quieren mantener a Jovita en el hospital.

—Es por la crisis de energía.

—Me has dicho la misma cantaleta de la crisis desde que entiendo español. Que llegaron a invadir los Burbuloides. Que cubrieron con nubes oscuras la Tierra. Que se zamparon los cables de alta tensión en todo el mundo. Que agotaron los yacimientos de cobre. Que la Guerra de Expulsión costó las reservas de combustible. Que la electricidad doméstica hay que generarla con nuestras patas. Que hay que electropedalear. Ya estoy harto: no voy a tener días libres de la maldita bici.

—Es por la mamá de tu mamá.

La discusión paró ahí. Cada vez que pensaba en su madre, Mau-

ricio sentía que una bola de amargura obstruía su garganta y le quebraba voz y visión.

El sábado temprano, los del hospital llevaron a Jovita. La acostaron e instalaron el respirador neumático al pie de la cama. Un técnico explicó a Mauricio y a su padre cómo interpretar los indicadores del aparato.

—Tiene una batería que dura una semana. No había quien la electropedaleara antes del traslado, así que está debajo del diez por ciento. Recomiendo que comiencen la carga: cuando marca cinco emite una alerta como si viniera un sismo.

—¿Con cuántas horas de electropedaleo queda al 100?

—Doce a esfuerzo moderado.

Mauricio maldijo, conectó la batería a la bici fija y comenzó a electropedalear.

—No sé por qué no conectamos el dínamo de la bici a las ruedas de tu silla. Así servirías de algo —recriminó Mauricio a su padre.

Durante un mes, la rutina funcionó. Mauricio llenaba la batería del respirador el sábado y no volvía a pensar en el trasto hasta el siguiente fin de semana. En el electropedaleo sabatino, el chico extrañaba ir a bailar *breakdance* con sus amigos. Para mitigar el aburrimiento, platicaba con Jovita.

En una de esas sesiones descubrió que su abuela también *breakdanceaba*.

—No te creo.

—Nos meneábamos todo el día. En ese entonces había electricidad en cada toma de corriente de la ciudad. Conectábamos los reproductores de música a una bocinota que se oía a cuerdas de distancia y dábamos saltos, giros y maromas por turnos.

—¿Bailaban y escuchaban rolas? ¿Rolas rolas?

—Sí, ¿cómo hacen ahora?

—Formamos un círculo. El que baila pasa al centro y los demás marcamos el ritmo con las palmas...

Los interrumpió la alarma de batería baja.

—He electropedaleado toda la mañana, debería estar a la mitad al menos —vociferó Mauricio.

Verificó el indicador. Marcaba cinco por ciento. Su padre entró a la habitación y rodó a su lado.

—Revisa la bici.

El chico quitó las cubiertas inferiores. El dínamo estaba ardiendo: ya no servía para generar electricidad.

—¿Tenemos un repuesto?

—No, preguntaré a los vecinos —dijo su padre mientras rodaba rumbo a la puerta. —Quita la pieza estropeada en lo que regreso.

Mauricio buscó la caja de herramientas al fondo del clóset. No la halló pero encontró un estuche viejo. La etiqueta decía “Teen H.P. versión 2.7”. La letra era de su madre. Nunca antes había visto la caja. ¿Sería un prototipo de los primeros días sin electricidad? ¿De cuando la invasión de Burbuloides? ¿De antes de que a su madre la ...?

Abrió la caja y leyó el texto del interior de la tapa:

“¡Convierta en fuerza motriz la vitalidad de sus niños! El traje unitalla de látex convierte la energía cinética en eléctrica, y el acumulador sin límite es acoplable a cualquier aparato.”

Mauricio vació el contenido. Vistió el traje. Se sentía cómodo. Dio dos pasos laterales, a izquierda y a derecha, luego un salto y un doble giro. Hizo una vuelta de carro que lo dejó de cabeza, sobre una mano. Se puso de pie y miró el acumulador: era un vial de vidrio. Resplandecía como un fósforo recién apagado. Según el

manual eso indicaba una carga mínima. Decidió cargar más el acumulador antes de conectarlo al respirador. Continuó moviéndose.

Jovita gritaba. No se distinguía su voz por el escándalo de la alarma. El chico detuvo su baile para acercarse a su abuela.

—Lo estás haciendo mal —dijo la anciana.

—Enséñame, pues.

Más tarde, el padre de Mauricio regresó con las manos vacías: nadie tenía un dínamo de repuesto. La alarma había dejado de sonar. Al abrir la puerta de la habitación, se cubrió los ojos con un brazo. Del interior brotaba un fulgor que cegaba. Cuando sus pupilas se acostumbraron, pudo ver: Mauricio y su abuela hacían acrobacias encima del respirador inerte.

Y el vial brillaba como el Sol.



## El patriarca

Durante el mes previo a que me enviaran a la guerra, estuve yendo al banco de semen a dejar mis espermatozoides. La decisión de preservar mi material genético ocurrió así:

—Amor —dije—, hoy nos informaron en el campo de entrenamiento que la tasa de mortalidad de la infantería en Betelgeuse C es de 98%. ¿Por qué no anulas el contrato de matrimonio y rehaces tu vida?

Patricia respondió que deseaba tener un hijo mío, que de nadie más, que seguiría intentando aunque yo estuviera lejos, que el seguro cubría el tratamiento de la fertilización in vitro, que al llegar al exoplaneta vería una *selfie* suya y de nuestro hijo. O hijos.

Sus argumentos sonaban convincentes. Terminó de persuadirme cuando dijo que los soldados con hijos en la Tierra tenían más probabilidades de sobrevivir a las batallas contra los burbuloides mutiladores.

Nos besamos, nos encueramos y nos cogimos. A la mañana siguiente firmé el contrato en el banco de semen.

Dijeron que había descuento si pedía la opción a perpetuidad, que sus criogenizadores en cero absoluto eran infalibles, que no me preocupara por acordarme del pago, que podían domiciliarlo.

—Me parece bien —respondí.

El viaje espacial duró 24 meses. Al despertar del hipersueño, revisé los mensajes de mi bandeja de entrada. No encontré ninguna foto de Patricia abrazada a un bebé, pero sí una nota en la que decía que había intentado embarazarse cuatro veces desde mi partida, que había fracasado, que se había cansado y que la perdonara.

Que adiós.

No tuve tiempo de agüitarme: me pusieron el equipo de com-

bate y me subieron a un convoy aéreo que me arrojó a mi primera batalla.

Resistí el servicio, en una pieza, tres años y 364 días gracias a una combinación de entrenamiento, tecnología militar y a la idea de haber sido padre.

El último día, justo cuando me quitaba el exoesqueleto de combate, un burbuloide entró a las barracas, mató a mis compañeros y me atacó.

Me arrancó las piernas de una mordida.

Sobreviví porque mis tobillos aún llevaban puestos las granadas.

Después de la ceremonia en honor a los Veteranos de las Guerras Espaciales (¡la trigésimo novena! ¡cómo pasa el tiempo!), un militar de alto rango se acercó. Tenía mi edad y sus extremidades completas: nunca había salido de la Tierra.

No devolví el saludo.

Se sentó en una silla para quedar a mi altura y alejó a su séquito. Habló mucho y dijo poco: que se habían sacrificado décadas y millones de vidas en Betelgeuse C, que se había erradicado a los burbuloides, que no había soldados dispuestos a vivir ahí, que se había diseñado un plan de colonización, que se requerían muchos embriones, que no había alternativas...

—¿Que ya nadie se masturba en estos días? —dije.

Me contestó con un discurso sobre la decadencia de la época y el desastre genético de la sociedad en la Tierra.

Me aburrí.

Pero al final accedí.

Durante el mes previo a mi funeral, estuve yendo al banco de memoria a dejar mis recuerdos. La decisión de preservar mi mente

ocurrió así:

—Amor —dije—, hoy vi un anuncio de una empresa llamada San Junípero. Dicen que pueden mantener una versión de ti en su nube el tiempo que tú desees. Que es genial para conocer a tus hijos de tus hijos de tus hijos y etcétera. ¿Qué opinas?

La IA que me cuidaba respondió lo que quería oír. Para eso está programada. Le eché un beso tronado y al otro día firmé el contrato en el banco de memoria.

Me dijeron que había descuento si pedía la opción a perpetuidad, que sus computadoras cuánticas en forma de huevo eran infalibles, que podían enviarme al mundo que yo quisiera.

—Me parece bien —dije mientras programaba como destino Betelgeuse C.

En un milenio vería a mis hijos.

# Terraplánamesta

## Las voces de la tierra (0 metros)

Llaman con sonidos que conozco.

Con el viento que pasa por las vainas del guamúchil y por la puerta de la herrería.

Hablan con el ronroneo de la chicharra anunciando lluvia y del camión que cimbra la carretera.

También con el valle, con el horizonte apretado por El Tepozteco y con la llamada de la primera misa.

Hay una exaltación en mi estómago, la del acróbata antes de su coreografía, la del niño antes del salto en el agua helada.

El aire llama y murmuro la respuesta: cuenta regresiva paralela a mis latidos: sacudidas minúsculas en las correas del jetpack.

## La roncura del viento (3000 metros)

Grita y me enmudece.

Grita que sólo soy una hebra en el giro del mundo, más recio que huracán al naufrago del bote.

Ruge con el trueno y la borrasca, y silba contra mi invasión.

Se opone con la solidez del nimbo, duro de navegar como un rápido. Moja, sacude y golpea el fuselaje de mis hombros, brazos y piernas.

Entonces los jirones de nube, la ciudad natal y el reflejo en los rascacielos vítreos: un trazo condensado del ascenso, visto desde todo el país.

El aire insiste la ruina de Ícaro y murmuro la respuesta: mi reactor de plasma: herencia de alas delicuescentes.

## Las voces del Sol (46569 metros)

Estoy en la región de la hipoxia, encima del límite de vuelo del Blackbird.

Estoy en la marea del espacio y en el mutismo del aire.

Ahora me hablan las luces del Sol sobre la Tierra.

Con sombras en estratos, escarpadas nubosas, y con la paleta cerúlea del nitrógeno.

Llaman con el choque de iones en la atmósfera magnética, los gradientes de velo boreal en el arco del planeta y el zigzag de océano y continente.

Hay una exaltación en mi estómago, la del piloto que rompe un récord de altitud, la del niño que cruza una alberca por primera vez.

En la máscara de oxígeno, murmuro la respuesta: el diámetro de este globo que se aleja: mi nombre es Eratóstenes.



## Héctor Coronado

Eres un chilango que está más cerca de la edad en que se volvió loco el Quijote que de la edad que tenía Cristo cuando lo crucificaron. Vives entre las barrancas de Cuernavaca, donde escribiste un libro de cuentos mentado *El frasco de uñas* (Fondo Editorial del Estado de Morelos, 2017) que funciona mejor como tabú que como narrativa, pues sólo tres personas se han atrevido a hablar de él en público. Por deformaciones cerebrales sutiles, que escapan a los resonadores magnéticos, tienes tendencia a la epilepsia y a obsesionarte por escribir de jetpacks, IAs que confunden su programación, loops temporales y apocalipsis que nos lleven a otras gravedades. Has pasado por las 600+ horas del diplomado de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay y aún conservas la esperanza de sobrevivir a las burocracias del Centro Morelense de las Artes para graduarte de su licenciatura en Escritura creativa.



Ex Libris  
Diaboli  
Lingua

Terraplánamesta  
un libro de Héctor Coronado  
se editó en septiembre de 2020 en  
el antiguo barrio de La Carolina  
Cuernavaca, Morelos  
y se compartió libremente.  
Derechos reservados el autor y  
Lengua de Diablo Editorial.